

dice, y velad en la oracion. Sed continuos en la oracion, dice San Pablo, y acompañadla con la vigilancia, y con la accion de gracias... Invocando á Dios en espíritu, dice en otro lugar, en todo tiempo y en todos modos, y velando para esto con perseverancia en la oracion (a). Sea pues incansable nuestra vigilancia, y sea fervorosa nuestra oracion, para que por estos medios evitemos todo lo malo, y estemos prontos á recibir á nuestro Señor quando le agrade el sacarnos de esta mortal vida.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

ME-

(a) Luc. 21... 1. Pet. 4. 7... Colos. 4. 2. Eph. 6. 18.

MEDITACION
PARA EL OCTAVO
Y ULTIMO DIA.

Ha de desear la muerte el Christiano por amor de la Patria celestial, como forastero sobre la tierra y ciudadano del cielo.

MAS LIBRANOS DE MAL.
AMEN.

UN Christiano, un miembro de Jesuchristo, no es en manera alguna de este mundo, como no lo es su adorable Cabeza. Está en él como forastero, como desterrado, como peregrino, segun dicen los dos grandes Apóstoles (a). Es un

R en-

(a) 1. Pet. 2. 11. Hebr. 12. 13.

encarcelado, un prisionero, que tiene por carcel este mundo, y que diariamente pide lo saquen y lo libren de la prision. Es un pasagero, que no piensa sino en apresurar su caminata, para llegar al término, que es su Patria. Es un hombre, que se ha empeñado en la carrera, y que olvidándose de todo lo que dexa atras, (a) se encamina ácia lo que está delante, corriendo sin parar ácia el término de la carrera, para conseguir el premio de la celestial felicidad, á que Dios nos ha llamado por Jesuchristo. Es por último, un hombre que vive con el espíritu en el cielo, como si fuera ya ciudadano de él, y tiene una continua opo-

(a) Phil. 3. 13.

oposicion con el siglo presente.

Peró no es solo un pais extranjero esta tierra por donde vamos caminando. Es tambien un pais enemigo, donde debemos temer de todo, porque su príncipe es el diablo, que es nuestro enemigo irreconciliable, y que tan fuertemente nos combate. ¿Qué hacemos pués aqui en la tierra, en esta region de la sombra de la muerte, que no puede ser sino un miserable destierro para los hijos de la luz? ¿No es acaso una gran felicidad para nosotros el salir de ella, para ir á habitar con Dios en la celestial morada, que es nuestra Ciudad, nuestra Patria y nuestro Mundo? ¿Pues porqué no suspira ácia ella este nuestro corazon? Ah! Si sintiésemos nues-

nuestro destierro, y si conociésemos bien nuestra Patria, gemiríamos ciertamente, como lo hacia San Agustin, diciendo (a): » ¡O Jerusalem, Casa de Dios eterna! Despues del amor de Christo mi bien, tu me seas mi alegría y mi consuelo, y la dulce memoria de tu bienaventurado nombre sea alivio de mi tristeza y refrigerio de mis penas, porque me cansa mucho, Señor, esta vida, y esta prolija y triste peregrinacion. ¡O tu, vida felicísima! ¡O Reyno verdaderamente bienaventurado, que careces de

(a) Suspiros del abrasado Serafin y Gran Dóctor de la Iglesia S. Agustin, traducidos por el Illmó. Sr. D. Sancho de Avila, Obispo de Sigüenza, pag. 30 y sig.

de muerte y no tienes fin!...
 » O! si perdonados mis pecados, dexando luego al punto esta molesta carga de mi carne, entrara en tus gozos á tener descanso verdadero en las excelentes y hermosas murallas de tu Ciudad!...
 » ¡Dichosa el alma, que libre de este cuerpo de tierra, camina al cielo, y segura y quieta, no teme al enemigo ni á la muerte, porque siempre tiene presente y contempla sin cesar á aquel hermosísimo Señor á quien sirvió, á quien amó, y á quien finalmente alegre y gloriosa llegó... Madre Jerusalem, Ciudad Santa de Dios, Esposa castísima de Christo, mi corazon te ama, y mi alma en gran manera desea tu her-

» mo-

„ mosura. Toda eres hermosa;
 „ y en tí no hay mancha nin-
 „ guna. Gózate y alégrate,
 „ hermosa hija del Príncipe,
 „ porque el Rey mas hermoso
 „ sobre los hijos de los hom-
 „ bres ha deseado tu rostro y
 „ amado tu hermosura.... Di-
 „ chosa siempre mi ánima y
 „ por todos los siglos bien-
 „ aventurada, si mereciere ver
 „ tu gloria, tu bienaventuran-
 „ za, tus puertas, tus muros,
 „ tus plazas, tus muchas ca-
 „ sas, tus nobilísimos ciudada-
 „ nos y tu fortísimo Rey Se-
 „ ñor nuestro en su Gloria y
 „ Magestad: porque tus muros
 „ son de piedras preciosas, tus
 „ puertas de finísimas marga-
 „ ritas, tus plazas de oro purí-
 „ simo, en las cuales sin cesar
 „ se canta una agradable Ale-
 „ luia:

„ luia: tus casas fundadas con
 „ muchas piedras quadradas,
 „ fabricadas de zafiros, y cu-
 „ biertas con azulejos de oro,
 „ en las quales no entra ningun
 „ no que no esté limpio, nin-
 „ gun manchado las habita....
 „ Hermosa eres y suave en tus
 „ deleytes, Madre Jerusalem;
 „ no hay en tí cosa alguna de
 „ las que aquí padecemos y
 „ vemos en esta miserable vi-
 „ da. No hay en tí noche ni
 „ tinieblas, ni mudanza alguna
 „ de tiempo: no luce en tí la
 „ luz del Sol, ni el resplandor
 „ de la Luna, ó la claridad de
 „ las estrellas; sino Dios de
 „ Dios, luz de la luz, Sol de
 „ Justicia es el que te alumbrá.
 „ El Cordero blanco y sin
 „ mancha es tu resplandecien-
 „ te y hermosísima luz: tu Sol,
 „ tu

» tu claridad y todo tu bien es
 » una contemplacion continua
 » de este bellissimo Rey de los
 » Reyes, que está en medio de
 » tí, rodeado de sus criados:
 » allí estan los músicos coros
 » cantores de angélicos hym-
 » nos: allí la compañía de los
 » soberanos ciudadanos: allí
 » está el dulce regocijo y so-
 » lemnidad de todos los que de
 » esta peregrinacion van á tus
 » gozos: allí está el prevenido
 » coro de los Profetas, allí el
 » número de los Apóstoles, y
 » el victorioso ejército de in-
 » numerables Mártires: allí la
 » sagrada Congregacion de los
 » Santos Confesores, y los ver-
 » daderos y perfectos Religio-
 » sos: allí las santas Mugeres
 » que vencieron los deleytes
 » de este mundo y su flaqueza

» na-

» natural: allí los Niños y Ni-
 » ñas, que con sus santas cos-
 » tumbres excedieron los lími-
 » tes de sus años: allí estan las
 » Ovejas y Corderos, que ya
 » se escaparon de los lazos del
 » deleyte. Todos saltan de pla-
 » cer en sus propias majadas.
 » Desigual es la gloria de ca-
 » da uno; mas comun es de to-
 » dos la alegría: allí reyna una
 » caridad cumplida y perfecta,
 » porque está allí Dios todo en
 » todos, al qual sea honra y
 » gloria en los siglos de los si-
 » glos. Amén. »

Tales han de ser nuestros
 suspiros, si queremos lograr la
 dicha de ver algun dia aquello
 que ni el ojo ha visto, ni el oi-
 do ha oído, ni el corazon hu-
 mano ha podido comprehen-
 der jamas. Meditemos bien es-
 tas

tas verdades, imprimámoslas bien en nuestro espíritu, y pidámosle á Dios por Jesuchristo, el odio al mundo de Adán, que es para nosotros un país extranjero; la gracia de ser despojados de este cuerpo terrestre en que vivimos como forasteros; y la de que nos libre del demonio, nuestro perverso y terrible enemigo.

I.

El mundo de Adán no es sino para los hijos de Adán, y el mundo futuro es la Patria de los hijos del siglo venidero, que dicen de corazón y con verdad: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Los que quieren decirlo así, deben acordarse, que no pueden ver al mundo presente sino baxo de dos

as-

aspectos, ó como un Egipto, donde ellos obedecen á Pharaon, ó como un desierto por donde pasan para adquirir la Tierra prometida, baxo la guía de una Columna de fuego, esto es, de la Fé, que obra por la Caridad. Si amamos el siglo presente, es para nosotros un Egipto, donde somos esclavos, llevando el insufrible yugo de la tiranía del verdadero Pharaon, esto es, del diablo, que es el príncipe de este mundo, como lo llama el mismo Jesuchristo (a). Si no lo amamos, es para nosotros un desierto que vamos pasando, y donde no se hace otra cosa que combatir en cada momento, donde

no

(a) *Nunc princeps hujus mundi ejicitur foras*, Jo. 12. 31.

no hay reposo alguno, donde no tenemos habitacion permanente, donde se padece la sed, y sed de la Patria celestial. Quando habremos llegado á ella, no seremos refrescados solamente como caminantes con el agua de la piedra, que nos sigue en este desierto, esto es, con los Sacramentos y la gracia de Jesuchristo; sino que seremos allí saciados con la fuente de vida, que está en la tierra de los vivientes. Este- mos pues prontos á salir de este desierto; y tanto mas, que él está lleno de enemigos implacables, á quienes es preciso hacer una continua guerra; que el ayre está infestado de ellos; y que en cada momento corre- mos peligro de ser contagia- dos por su veneno.

Pa-

Padre nuestro, que estás en los cielos, y que nos habeis hecho ciudadanos de tan venturosa Patria por medio de vuestro Hijo nuestro Señor Jesu- christo, que se ha dado á sí mismo para sacarnos de este siglo corrompido y perverso: cumplid en nosotros vuestros designios. Libranos de mal. Libranos de este mundo de iniquidad, de este centro de todo mal, de este desierto, donde no se hace otra cosa que ir- ritaros con la rebelion, con la inquietud y con la desobediencia, y donde el amor mismo de este mundo nos hace casi idolatrar en él. Haced con vuestra gracia, que nuestra Patria, aquella Tierra prome- tida á vuestros escogidos, sea el único objeto de nuestros de-

S seos,

deseos, porque ella debe ser el término de nuestra carrera, y el bienaventurado fin de este viage tan largo y tan penoso.

II.

No solamente somos forasteros en el mundo, aún estando entre nuestros parientes y amigos, en nuestra propia casa, y en el lugar mismo de nuestro nacimiento; sino que somos también forasteros en nuestro propio cuerpo, que no es el cuerpo de un ciudadano del cielo, sino el de un pecador é hijo de Adán. No sentimos pues tanto el dexar un cuerpo que es podredumbre é inmundicia, pues que sabemos, que si llega á deshacerse esta casa de tierra en que habitamos,

Dios

Dios nos dará en el cielo otra casa, que no será hecha por mano de hombre, la qual durará eternamente. Por esta casa hemos de suspirar: á ella se han de dirigir nuestros pensamientos y nuestros deseos. Mientras estamos en este cuerpo, gimamos oprimidos de su peso, deseando ser despojados de él, porque Dios nos ha formado para la inmortalidad, y esta carne nos sirve de estorvo para llegar á aquella vida feliz.

Poco sería el dexar con gusto este siglo perverso, este cuerpo de pecado, esta vida caduca, fragil y deleznable: es necesario también dirigir á Dios nuestras súplicas, nuestras oraciones y gemidos, para que nos llame de este destier-

tierra y nos lleve á su Gloria. Que amen, si asi lo quieren, este siglo miserable, aquellos á quienes Dios nuestro Señor, el Padre de la Gloria (a), no ha dado el espíritu de sabiduria y de luz para conocerlo, y á los que no ha ilustrado los ojos del corazon para hacerles saber qual sea la esperanza á que nos ha llamado, y quales sean las riquezas y la gloria de la herencia que él prepara á los Santos. Pero nosotros, con quienes ha usado esta misericordia, digamos con David (b):

Ay de mí! ¡Quan largo es mi destierro! Yo vivo aqui como un forastero con los habitantes de Cedar: mi alma está ya disgustada de habitar tanto tiempo

(a) Ephes. 1. 17. &c. (b) Psal. 119.

po con los enemigos de la paz.
 Y levantando las manos, los ojos y el corazon ácia nuestro Padre, que está en el cielo, donde por consiguiente está tambien nuestra patria y nuestra herencia, exclamemos con todas las veras de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad, y digámosle: *Padre nuestro, que estás en los cielos.... Libranos de mal.* Libranos de este siglo perverso, á cuya vanidad estamos sujetos, y de este cuerpo de muerte, en que reside el origen de todo mal y de todo pecado. Haznos pasar de este cuerpo terreno á aquel Cuerpo admirable y celestial del mismo Jesuchristo, de quien nosotros tambien debemos ser con los Santos, como esperamos, la ple-

plenitud y el complemento en el cielo.

III.

Hay tambien otra esclavitud, de que pedimos á Dios nos libre diciendo: *mas libranos de mal*. El maligno por antonomasia es el diablo. Así lo llama ordinariamente S. Juan en sus Epístolas: *Habeis vencido*, dice, *al maligno* (a). Pues ahora: Aunque el que ha nacido de Dios y se conserva sin pecado, no esté baxo la potestad del demonio; pero está sin embargo en su imperio mientras vive en este mundo, pues que este mundo está baxo el imperio del diablo (b). S. Pablo dice, que él es su dios: *El dios de*

(a) 1. Ep. 2. 13. & 5. 18. (b) *Totus mundus in maligno positus est.* Ib. 5. 19.

de este siglo cegó los entendimientos de los infieles (a). El mismo Jesuchristo, como ya se dixo antes, lo llama el principe del mundo, porque reyna en todos aquellos que son sus esclavos. Y en quanto á los que han sacudido su yugo y su tirania, aunque es verdad que no exercita su imperio sobre sus corazones; pero no dexa sin embargo en todo el tiempo de esta vida de asaltarlos, de hacerles guerra, y de tenderles lazos, de que no pueden defenderse sin una singular proteccion de Dios.

¿Y quien podrá bastante-
mente comprehender quanto
peligro corremos diariamente
por la malicia y artificios de
este

(a) 2. Cor. 4. 4.

este enemigo? El se sirve de las criaturas para seducirnos y hacernos caer. Emplea el Mundo, de quien es príncipe, y donde tiene sus ministros y emisarios esparcidos por todas partes para corrompernos y viciarnos. Atiza quanto puede nuestra concupiscencia, lo que hace decir al Apostol, que *debemos estar vestidos siempre de todas las armas de Dios (a) para podernos defender de las asechanzas y de los artificios del diablo, teniendo que combatir no contra hombres de carne y sangre; sino contra los principados, contra las potencias, contra los príncipes del mundo, esto es, de este siglo tenebroso, y contra los espíritus*

(a) Eph. 6. 21.

tus de malicia esparcidos en el ayre.

Este estado es muy terrible, y es preciso tener una gran presuncion para no horrorizarse al verse uno obligado á sostener hasta el último aliento de la vida una guerra tan cruel y de suyo tan peligrosa. Es preciso tener una fe muy debil, para no desear el verse acabar quanto antes esta continua guerra, aunque no pueda ella terminarse sino con nuestra vida. Muramos para que cesen tan porfiados combates. *Padre nuestro, que estás en los cielos: mirad á vuestros hijos que combaten sobre la tierra. Defiendenos Tu mismo, porque igual es nuestra fuerza para poder sustentar una guerra tan cruel y contra un enemigo tan astuto?* Y

Y Vos, Salvador del mundo, que habeis desarmado á los principados y á las potestades, conduciendolas gloriosamente como en triunfo á vista de todo el Universo, despues de haberlas vencido por vuestra Cruz: completad en mí vuestra victoria, y libradme de este injusto perseguidor, que quiere arrebatarme, y destruir un miembro que habeis comprado con vuestra Sangre. Libradme de él, llamandome á Vos, Vos que habeis prometido que el príncipe de este mundo sería echado fuera, y que quando seriais levantado de la tierra, atraeriais á Ti todas las cosas. Atraedme pues á Vos, sacandome de esta tierra de miserias, y unidme á Vos, porque en Vos solo puedo estar

tar seguro de la tentacion (a).

I. VIRTUD.

La oposicion al mundo presente.

Jesuchristo es el nuevo Adan y Padre de un nuevo mundo en todo opuesto al mundo de Adan. Compónese éste de los hombres como hijos de Adan, corrompidos y viciados en su espíritu y en su corazon, esclavos de la concupiscencia, enemigos del orden, y capaces para todo mal. El nuevo mundo está compuesto de los hombres como reengendrados en Jesuchristo, renovados en su espíritu y en su corazon, animados por el Espíritu de Dios, poseídos de su gracia, radicados

(a) *Quoniam in te eripiar à tentatione.*

dos en la caridad, y enemigos del pecado.

Jesuchristo ha tenido en todo el tiempo de su vida una oposicion infinita á este mundo, á quien vino á reparar, destruyendo en él el pecado. En atención á sus vicios é incredulidad, decia con dolor á los Judios: ¡O raza incrédula y depravada! ¿Hasta quando estaré yo con vosotros, y hasta quando os sufriré? Es pues necesario que sus discípulos, á exemplo de su Maestro, tengan un gran fondo de oposicion al siglo presente; que abominen sus usos y sus máximas, teman sus favores y su amistad, acordandose de aquellas palabras de Santiago: *que el amor de este mundo es una enemistad contra Dios, y que qualquiera*

quiera que querrá ser amigo del siglo presente, se hará enemigo de Dios (a). Es necesario que se defiendan de la inquietud de sus cuidados y de la ilusion de sus riquezas, que sufocan la palabra de Dios (b). Es necesario que no se conformen con este siglo (c), no sea que borren en sí mismos la imagen de Dios y de Jesuchristo.

Deben tambien contemplarlo como lleno de lazos, de emboscadas, de asechanzas y escándalos (d). El Apostol Santiago hace consistir la pureza de la Religion y la verdadera piedad, en conservarse uno puro de la corrupcion del siglo. ¿Como podrán pues los discípulos

(a) Jac. 4. 4. (b) Matth. 3. 22.

(c) Rom. 12. 2. (d) Rom. 12. 22, Matth. 18. 17.

pulos de Jesuchristo tomar parte en sus vanas alegrías, quando éstas han sido condenadas por el mismo Señor (a), enseñandonos con esto, que el verdadero caracter de un hijo de Dios es el no ser de este mundo, y que lo somos nosotros luego que lo amamos y él nos ama, luego que obramos con su espíritu y seguimos sus máximas?

Nosotros somos del mundo, quando nos adaptamos á sus usos y tomamos parte en sus concupiscencias; quando estimamos su alabanza, y como dice Jesuchristo, quando se busca la gloria que los hombres se dan unos á otros, y no se solicita la gloria que viene de

(a) Jo. 16. 26.

de Dios; quando por miedo de desagradar á los del mundo, ó de arruinar uno su propia fortuna, se les esconde la verdad, ó se rehusa hablar á favor de la inocencia oprimida. Es uno del mundo, quando ama sus espectáculos y sus vanos entretenimientos, quando une la frecuencia de los Sacramentos con una vida ociosa é inutil, con la costumbre de vestirse en un ayre profano, solo por ser de última moda, con un juego que ocupa la mayor parte del dia, y con una vida de regalo, de luxo, y con el deseo de elevarse sobre su propia condición.

Pero es necesario observar aqui dos cosas: La primera, que alguno tal vez se lisonjeará no ser del mundo, porque no está

está enteramente sumergido en sus concupiscencias; como si no hubiera muchos grados de concupiscencias, y como si no hubiese muchas habitaciones en la casa de nuestro enemigo, como las háy tambien en la de nuestro Padre celestial.

La segunda cosa que conviene advertir es, que mucho menos se requiere en una persona que hace profesion de servir á Dios, y es de una mediana condicion, para merecer el ser tratada como mundana en el divino Tribunal, que en una persona de distincion por su nacimiento, empleo, oficio &c, y que ha nacido en el gran mundo. Mira Dios con mucho horror á una persona instruida en las maximas del Evangelio,

edu-

educada en la piedad, y á quien ha hecho la gracia de separarla del mundo y de sus pompas, quando ella alimenta en el fondo de su alma una inclinacion y estimacion secreta á las cosas del mundo, ó se quiere tambien distinguir en un estado de piedad, como el Eclesiástico y Religioso, con ciertos adornos y modas, que no llevan otro fin que el atraer sobre sí la vista de las gentes.

Por tanto, cada uno considérese á sí mismo segun su estado, y exámine delante de Dios sincéra y fielmente, en qué participa del espíritu del mundo, en qué cosa es del mundo, y como resiste á las tentaciones de este enemigo, el qual nos tienta trayendonos los *diabos y usos* de los mundanos.

II. VIRTUD.

El Gemido de corazon.

RECAPITULACION
DE TODA ESTA OBRITA.

CON ninguna cosa mejor podrá terminarse esta Obrita, que con exponer una obligacion comun á todos los Christianos de qualquier estado y profesion que sean. Tal es el gemido del corazon, muy propio de los hijos de Dios, y cuyos motivos formarán el Epílogo de esta Obrita.

Jesuchristo nos ha declarado bastantemente la necesidad de este gemido, quando por una parte ha puesto las lágrimas en el número de las Bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran*, y por otra

otra ha maldecido á los que tienen su consuelo en este mundo y á los que rien, esto es, á los que no piensan sino en divertirse y estar alegremente, sin cuidar de la virtud. Basta poner un poco de atencion en las máximas que nos ha dexado este Divino Salvador en su Evangelio, para no poder dudar, que la vida de un verdadero Christiano, ni es ni debe ser una vida de alegría y de placeres, sino de tribulacion y amargura. Aquella puerta tan pequeña, y aquel camino tan estrecho, en que no se puede entrar sin grandísimos esfuerzos: aquella continua violencia que es necesario hacerse para conseguir el Reyno de los cielos: aquella cruz que conviene cargar todos los días: aquella

ab-

abnegación que él exige de la propia voluntad: aquel odio santo que es preciso tener á todo lo que puede apartarnos de Dios: aquel deber estar pronto á perderlo todo antes que perder á Jesuchristo: aquella penitencia, sin la qual pereceremos todos: aquella obligación de morir al pecado, al mundo y á nosotros mismos, de crucificar nuestra carne, de mortificar sus deseos, de hacer guerra á sus inclinaciones depravadas, de resistir á la ley del pecado, que reside en nuestro cuerpo, y de hacer morir en nosotros al hombre viejo con todos sus apetitos: todos estos preceptos nos obligan á una vida tan dura, tan penosa, tan desagradable, que si solo á ella se limita la esperanza que tene-

tenemos en Jesuchristo, seremos, como dice San Pablo, los más miserables entre todos los hombres (a). A la verdad, todas las sobredichas cosas no pueden hacerse sin padecer mucho y sin hacerse grandísima violencia; ni pueden estar juntas con una vida cómoda, deleytosa y animalesca. Y así vemos que Jesuchristo, distinguiendo á los hijos del siglo de sus discípulos, asigna la alegría á los primeros, y las lágrimas á los segundos. *En verdad, dice (b), en verdad os digo, que vosotros lloraréis, y por el contrario el mundo, mientras vosotros estuviereis en tristeza,*
se

(a) *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabilliores sumus omnibus hominibus.* 1. Cor. 15. 19.

(b) Jo. 16. 20.

se alegrará. Tienen pues todos los Christianos una obligacion indispensable de gemir y de reputarse miserables sobre esta tierra. Y esto es lo que ha hecho decir á S. Agustin (a), que el que está bien en la tierra, el que está contento de estar en ella, el que en ella encuentra su alegría y su reposo, no entrará jamas en el cielo. Nosotros suspiramos, dice el Santo, ácia la celestial Jerusalem, considerandonos aqui como extrangeros y como esclavos, baxo el peso y la servidumbre de un cuerpo mortal, y reservando nuestra alegría para quando estemos en la Patria. Pero el que no gime como extrangero

» RO

(a) In Psalm. 148.

» ro y peregrino sobre la tierra, no tendrá parte en los gozos del cielo, porque no desea la Bienaventuranza; no tendrá parte en la felicidad de la otra vida, porque no se tiene por infeliz en ésta; ántes se tiene por feliz, engañado por los placeres sensuales que en ella goza, por los bienes temporales que posee, y por la felicidad carnal de que está rodeado y en que está sumergido. Este es un cuervo, y no una paloma. El cuervo salido del Arca, no bolvió á ella, por cebarse en los cuerpos muertos que halló sobre la tierra; pero la paloma no encontró ni vió cosa en que poner el pie, y no halló su reposo sino en el Arca. La paloma es una ave que

» que gime, y enseña á los hi-
 » jos de Dios, que no deben fi-
 » xarse en la tierra, sino velar
 » ácia el cielo. »

Y si me preguntais ¿por-
 qué condena Dios á los Chris-
 tianos que no gimen? Os res-
 ponderá S. Agustín, » que los
 » condena, porque no lo aman,
 » y la prueba de que no lo
 » aman es, que no suspiran. No
 » suspirar como extrangero, y
 » no amar á Dios, son dos co-
 » sas inseparables. El que no
 » ama á Dios, no suspira por
 » la vida eterna, y el que no
 » suspira por la vida eterna,
 » no ama á Dios; y tanto basta
 » para condenarse. » De aquí
 concluye el Santo, que la vida
 presente es para los buenos
 Christianos una continua afflic-
 cion. » Si os considerais (dice)

» en

» en esta vida como forastero,
 » ó no amais como se debe
 » vuestra Patria, ó es preciso
 » que esteis affligido; porque
 » ¿quien no se affigiria de no
 » estar con el que desea? ¿Pues
 » de qué proviene que no sin-
 » tais esta affliccion? Proviene
 » de que no teneis amor. Amad
 » la otra vida, y encontraréis
 » amarga la presente, por mas
 » que os lisonjee con las pros-
 » peridades, por mas que os
 » convide con todas sus deli-
 » cias. Entrad pues dentro de
 » vos mismo: preguntad á vues-
 » tro corazon, y escuchad lo
 » que os responde. Si Dios os
 » prometiese una larga vida
 » sobre la tierra, y os dixese:
 » Tu poseerás en ella todo lo
 » que puede hacerla feliz: ri-
 » quezas, honras, placeres, sa-
 » lud,

V

„ lud, prosperidad: aqui goza-
 „ rás toda suerte de bienes; pe-
 „ ro con la condicion de que
 „ nunca jamas verás mi Ros-
 „ tro, ni tendras parte alguna
 „ en los bienes de mi casa. Pre-
 „ gunto: ¿Os alegrariais de que
 „ os hubiese tocado esta suer-
 „ te? ¿Estariais contento con
 „ poseer esta vida larga y feliz
 „ á los ojos de la carne? Si asi
 „ es, sería una señal de que no
 „ habiaís aún comenzado á
 „ amar á Dios.» Conviene por
 „ tanto, que el Justo gima y se
 „ tenga por miserable sobre la
 „ tierra: conviene que llore, y
 „ que pueda decir con David (a):
*A fuerza de gemir y de suspi-
 rar estan mis huesos pegados á
 la piel. Yo cómo la ceniza en
 vez*

(a) Psalm. 101.

*vez de pan, y mezclo mi bebida
 con las lágrimas. Estoy lleno
 de afliccion y humillado hasta
 el exceso. El gemido de mi co-
 razon me hace rugir (a). Mis
 lágrimas son mi pan de dia y
 de noche, mientras mis enemi-
 gos me insultan, diciendome
 cada hora: ¿donde está tu Dios?
 ¿Y basta quando, dice en otro
 lugar (b), nos barás comer pan
 de lágrimas, y nos barás beber
 el agua de nuestros llantos?
 Bienaventurado aquel (c) que
 espera de Ti todo el auxilio;
 que no tiene otro mayor deseo
 que el de venir á Ti; que cami-
 nando en este valle de lágrima-
 mas, entra en su corazon para
 suspirar ácia Ti, y que pasa de
 esta manera tristes sus dias
 en*

(a) Psalm. 41. (b) Psalm. 79.

(c) Psalm. 83. 6.

en este lugar de destierro en que Tu lo has puesto.

No hay que maravillarse de que así trate Dios á sus siervos, quando no ha tratado mejor á su propio Hijo. Este divino Salvador es llamado *Varon de dolores* (a), y no hombre de placeres y deleytes. Se dice de él, que *sabía padecer*; pero no que sabía divertirse. El Evangelio hace mencion de sus lágrimas; pero no de su risa. En suma: El ha pasado una vida triste y penitente, para confirmar con las obras su doctrina, y para convidar á sus discipulos con su imitacion. ¿Qué mas? Aun las criaturas irracionales, como dice San Pablo (b), suspiran, porque estan sujetas á la

va-

(a) Isai. 53. 3. (b) Rom. 8. 22. &c.

vanidad. Y como si alguno le hubiese preguntado al Apostol ¿porqué suspiraba él? añade: *Porque no somos salvos sino en esperanza; y de aqui viene el que no poseamos la salvacion. Porque si la poseyéramos, nuestra esperanza dexaria de ser esperanza, puesto que ninguno espera lo que ve y tiene ya entre sus manos. Con que si nosotros esperamos lo que aún no vemos: luego lo esperamos, y para esperarlo tan largo tiempo, tenemos necesidad de mucha paciencia.* Ved ahí lo que nos hace gemir; y porque no sabriamos gemir como conviene (a), el Espíritu Santo gime él mismo en nosotros con gemidos inefables. Y Aquel que pe-

ne-

(a) Ibid. 25. &c.

netra nuestros corazones, entiendo bien qual sea este deseo del Espíritu, y sabe que estos gemidos y estas oraciones que el Espíritu forma en nosotros, son conformes á los designios de Dios, el qual nos dexa sobre la tierra, para que tengamos campo de gemir y de exclamar, oprimidos de la tristeza y del disgusto (a): ¡Miserable de mi! ¿quien me libertará de este cuerpo de muerte?

Muchos son los motivos que tenemos para gemir, como ya lo hemos visto en el discurso de esta Obrita; pero será bueno reunirlos como en un punto de vista para que nos hagan mas impresion, y acabemos de convencernos de la obli-

(a) Rom. 7. 24.

obligacion que tiene todo Christiano de suspirar en este destierro por su verdadera Patria y por su Dios.

El Autor del Psalmo 136, en que los Judios pintan con los mas negros coloridos las desventuras de su esclavitud en la ciudad de Babilonia, nos ha delineado una viva imagen del estado en que se hallan los verdaderos hijos de Dios sobre la tierra. El primer verso de este Psalmo contiene dos motivos principales de sus lágrimas y de sus gemidos.

Estando sentados (dice) sobre las márgenes de los rios de Babilonia, y acordandonos de ti, ó Sion! nos pusimos á llorar; ni pudimos contener nuestras lágrimas. Lloraban los Judios en primer lugar por estar esclavos

clavos en Babilonia, y en segundo por estar distantes de Jerusalem, que no se podia borrar de su imaginacion, y en la que continuamente pensaban. Estas mismas razones son las que hacen llorar á los Justos en esta vida. Lloran, porque se ven desterrados sobre la tierra, de quien Babilonia era la figura: lloran siempre que se acuerdan de la Ciudad celestial, de la que era imagen la ciudad de Jerusalem, ó la santa Sion. Lloran, porque son esclavos en el mundo, y porque estan obligados á vivir en compañía de hombres llenos del espíritu del mundo, pues que en esta vida estan mezclados los malos con los buenos. Lloran, porque ven ser mayor el número de los malos que el de los

los buenos; y porque éstos se hallan obligados á mirar una infinidad de cosas que les desagradan. Lloran finalmente, porque en vez de ganar ellos para Jesuchristo á los habitantes de Babilonia, y hacerlos pasar del amor de los bienes caducos al de los inmortales; antes bien necesitan ellos mismos hacer muchos esfuerzos para caminar por el camino estrecho del Evangelio.

Luego que los Judios llegaron á Babilonia, se pusieron á llorar sentandose á las márgenes de sus rios, porque vieron alli una multitud de abominaciones: ídolos por todas partes, supersticiones, sacrificios impios, adorado el demonio, desconocido y blasfemado el verdadero Dios, impurezas

mons-

monstruosas, acciones crueles, un pueblo bárbaro, insolente, malvado. Los que entre los Judios tenían mayor temor de Dios, sentían partirseles el corazón de dolor, viendo que hombres hechos á imagen de Dios, tenían menos entendimiento que las bestias, y se dexaban transportar mas brutalmente que ellas á sus infames deseos.

Los Justos que viven en este mundo, sufren la misma afliccion, y no pueden contener su llanto al verse á las orillas de los rios de Babilonia. Estos rios son las perniciosas maximas introducidas por el mundo para destruir las maximas del Evangelio, y la *moda*, llamada por San Agustin, un rio y un torrente que arrastra
la

la mayor parte de los hombres á mil cosas, que no pasan ya por pecado, quando ella las autoriza: son los malos exemplos y malas conversaciones de los mundanos, que no dexan de tentar á los hijos de Dios, y de convidarlos á venir con ellos á estos malditos rios de Babilonia: son los apetitos de los hombres carnales, que los conducen á mil excesos y abominaciones vergonzosas; y son por último, todos aquellos desórdenes que llora el Sabio en el *Eclesiastés*, como vanidades, que pierden la mayor parte de los hombres. Algunos se embarcan en los rios de Babilonia sobre la nave de la ambicion, otros en la de la avaricia, otros en la de la curiosidad, y otros en la del deleyte.
To-

Todos los objetos de estas pasiones son, como dice S. Agustin, otros tantos rios, que corren rápidamente, que buyen con velocidad, que ningun reparo puede detenerlos, que todo lo arrebatan, y que van á perderse en los abismos de una infeliz eternidad.

¿Pues como podrá una alma fiel mirar tantos naufragios, y la perdicion de tantas almas criadas por Dios para hacerlas eternamente felices, y redimidas por Jesuchristo con el precio infinito de su Sangre; mirar, digo, todo esto, sin derramar copiosas lágrimas? Sería preciso ser de acero ó de bronce para mirar con ojos enjutos todas las iniquidades que se cometen sobre la tierra. *Quando yo considero*, dice el

Sa-

Sabio (a), *las calumnias que se hacen baxo del Sol, las lágrimas de los inocentes oprimidos, que no encuentran alguno que los consuele, los miserables privados de todo auxilio, que no pueden resistir á la violencia de los opresores; entonces digo: Mas felices que los vivos son los muertos, y mas felices que unos y otros los que no han nacido.* ¿Como se dexará de llorar, pensando en lo que decia David de sus tiempos, y que se verifica ¡ó quanto! en los nuestros (b). *Hoy dia apenas encontrarás sobre la tierra uno que tenga entendimiento y busque á Dios. Todos se han desviado del camino recto; todos se han hecho inútiles; no hay*

X quien

(a) Eccl. 4. 1. &c. (b) Psalm. 13.

quien haga lo bueno. La garganta de estos es un sepulcro abierto: se sirven de su lengua para engañar: tienen baxo sus labios un veneno de áspides. Su boca está llena de maldicion y de amargura: sus pies son veloces para derramar la sangre. Destruccion y miseria es la que hay en sus caminos: no conocen el camino de la paz, no tienen delante de sus ojos el temor de Dios. No hay ya sobre la tierra, dice el Profeta Oseas (a), verdad, misericordia y ciencia de Dios. El hermano tiende lazos á su hermano, y no hay amigo que no use simulacion y artificio. Por qualquier parte que se vea el mundo, no se hallan en él sino males

(a) Cap. 4.

les y objetos de tristeza. Esto es lo que aflige al hombre bueno, y lo que como á Elias le hace desear la muerte. El pidió morir, dice la Escritura (a), y dixo á Dios: Ya ha mucho tiempo que padezco, ó Dios mio! quitame la vida, pues que no soy mejor que mis padres. El zelo que tengo por el Señor, por el Dios de los Exércitos, me consume. No puedo ya ver la arrogancia con que los hijos de Israel renuncian á tu alianza, quebrantan tu ley, hacen morir á tus Profetas, y me buscan á mí, que he quedado solo para defender tu causa.

Pero hay tambien otra pena que aflige á los buenos, y los hiere mas íntimamente, y esta

(a) 3. Reg. 19. 4.

esta es el hallarse ellos sobre estos rios de Babilonia, y por consiguiente en un continuo peligro; porque estos rios pueden salir de madre, y arrebatarse los y tragarse los como á los demas. Es muy facil imitar á los hijos del siglo y cometer el mal, quando la moda y la multitud de quien lo comete, le quita en gran parte su deformidad. Una tentacion extraordinaria, una ocasion no prevista, las conversaciones de las personas que se tratan y frecuentan, la condescendencia, y otras mil cosas, son muy capaces de precipitarnos en estos rios. A mas de que *¿quien sabe si sea digno de odio, ó de amor?* *¿Quien sabe si camina por el camino estrecho de Jesuchristo, ó por el ancho de la* per-

perdicion y del amor propio? Todo nos lleva al deleyte, á la pompa, á las riquezas. La inclinacion de nuestra alma tira siempre á los bienes caducos: la figura de este mundo se adorna, se compone para parecer mas hermosa á nuestros ojos: se nos presenta con todos sus alhagos, á quienes junta las esperanzas, las promesas, y todo lo que tiene visos de lisonja y de alhago. Nuestro corazon, en vez de estar sobre las armas para la defensa, está de acuerdo con nuestros enemigos; el mismo urde la traycion y la pone por obra, rindiendose al deleyte, á la ambicion &c. y hace quanto puede para perderse y viciarse.

Seducido, envenenado por los falsos bienes de Babilonia, ya

ya no tiene sino hastío por la vida christiana, huye de la penitencia, y busca los contentamientos del siglo, aborrece la humillacion, y solicita las grandezas y los honores del mundo, Se coliga con él la carne para acabar de vencerlo, y con esto, resiste al espíritu, se rebela contra la razon, va en traza de los placeres, da oído á las leyes del pecado, se opone á la Ley de Dios, nos aparta de practicar el bien que conocemos, y nos arrastra al mal que detestamos. *La ley es espiritual, dice S. Pablo (a), y yo soy carnal.* La ley pide una alma libre de la sujecion á las pasiones, *y yo estoy como vencido por estar sujeto al pecado.* La ley

(a) Rom. 7. 14. &c.

ley pide un corazon bueno, *y yo sé que nada de bueno tengo en mí, porque en mí habita el pecado,* y Dios quiera que en nosotros no reyne tambien. Si reflexo en las oraciones que hago, las hallo tan tibias é imperfectas, que con mucha más razon temo el que Dios se ofenda, que no el que por ellas se aplaque: mi mente está llena de distracciones, mi corazon seco: aquella está sujeta á los pensamientos mas extravagantes, y éste está agitado con movimientos que me causan horror; y todo esto hace que yo pruebe dentro de mí una guerra continua entre la carne y el espíritu, entre la parte superior y la inferior. El estar uno obligado á vivir con esta multitud de enemigos, y el venir cada

cada rato con ellos á las manos, sin poderlos exterminar del todo, es una de las grandes miserias que obliga á los Justos á suspirar continuamente, á gemir y á desear el quedar de una vez libres de este cuerpo de pecado.

Este estado infeliz en que se hallan los Justos en la vida presente, lo describe admirablemente S. Agustin en el Libro 22. de la *Ciudad de Dios* con las siguientes palabras;

” Tienen los Justos en esta vida sus trabajos, que nacen de hallarse siempre en medio de los peligros y de las tentaciones que trae consigo la guerra continua que deben sostener contra los vicios. Porque jamas cesa la carne, ya con mayor, ya con me-

” menor violencia, de tener deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu de tener deseos contrarios á los de la carne; de manera, que no hacemos todo lo que queremos. Porque, á la verdad, querriamos extinguir en nosotros la concupiscencia con todos sus desreglados deseos; pero no habiendosenos concedido alcanzar tanto, nos queda solamente, el que confortados con el auxilio divino, la tengamos, en quanto es posible, sujeta, no rindiendonos jamas á sus alhagos. Y ¡ó qué atencion y qué vigilancia es necesario usar, para no caer en los lazos que un tal enemigo nos tiende por todas partes! Conviene

” guar-

„ guardarse bien de no abra-
 „ zar ó seguir por verdadera
 „ alguna tal opinion que no
 „ tiene sino la apariencia de
 „ verdad, de no dexarnos en-
 „ gañar por algun tal artificio-
 „ so discurso, de no quedar
 „ embueltos en las tinieblas de
 „ algun error, por el que des-
 „ pues llamemos al bien mal,
 „ y al mal bien. Debemos ser
 „ muy cautos, para que por
 „ una parte el temor no nos
 „ detenga de hacer lo que de-
 „ bemos, y por la otra no nos
 „ impela la passion á hacer lo
 „ que no debemos: que no tra-
 „ monte el Sol sobre nuestra
 „ cólera, y las enemistades no
 „ nos provoquen á volver mal
 „ por mal. Es necesario poner
 „ todo cuidado en que una de-
 „ ma-

„ masiada tristeza no ocupe
 „ nuestro corazon, y la ingra-
 „ titud no nos haga floxos en
 „ repartir beneficios, y no nos
 „ cansemos de obrar bien por
 „ las maledicencias que con-
 „ tra nosotros se esparcen.
 „ Corremos peligro de ser en-
 „ gañados por las temerarias
 „ sospechas que formamos de
 „ los demas, y de abatirnos y
 „ caer de ánimo por los falsos
 „ juicios que los demas se for-
 „ man de nosotros. Debe ser
 „ sumo nuestro cuidado para
 „ impedir que no reyne en no-
 „ sotros el pecado, de manera
 „ que obedezcamos á sus de-
 „ seos, y nuestros miembros
 „ sirvan de armas de iniquidad
 „ á la culpa. Conviene velar
 „ cuidadosamente para que
 „ nuestros ojos no fomenten la
 „ con-

» concupiscencia, y nuestra
 » vista y nuestros pensamien-
 » tos no se fixen en objetos de
 » alguna mala complacencia,
 » y nuestros oídos no escuchen
 » de buena gana palabras ma-
 » las é indecentes. Debemos
 » resistir á todo deseo de ven-
 » ganza, y no debemos dexar-
 » nos llevar á ninguna cosa
 » ilícita, aunque nos agrade.
 » Debemos por último estar
 » atentos á no prometernos la
 » victoria por nuestras propias
 » fuerzas, y despues de haber-
 » la obtenido, á no atribuir la á
 » nosotros mismos, en vez de
 » atribuir la á la gracia de
 » Aquel de quien dice el Apos-
 » tol: *Dense gracias á Dios,*
 » *el qual nos ha dado victoria*
 » *por Nro. Señor Jesuchristo.*
 » ¡Tal es la guerra llena de

pe-

» peligros y trabajos á que está
 » expuesto el Justo mientras vi-
 » ve en este mundo! Y al cúmulo
 » de tantas miserias, se añade
 » tambien ésta (sigue hablando
 » San Agustin) » que por gran-
 » de que sea el valor con que
 » combatiendo resistimos á los
 » vicios, y aunque los venza-
 » mos y subyuguemos, no por
 » eso nos faltará motivo mien-
 » tras estamos en esta vida, de
 » decir al Señor: *Perdónanos*
 » *nuestras deudas,* porque dia-
 » riamente se cae en algun de-
 » fecto, ó por ignorancia, ó
 » por sorpresa, ó por fragili-
 » dad. » *Y antes de San Agustin, el*
 » *glorioso Martir y Obispo San*
 » *Cypriano, en pocas pero enér-*
 » *gicas palabras, describió en el*
 » *excelente Libro de la mortali-*
 » *dad,*

Y

lidad,

lidad, el estado miserable de la
 vida presente, diciendo: »¿Qué
 » otra cosa se hace en este
 » mundo sino pelear continua-
 » mente con el demonio, y es-
 » tar siempre sobre las armas
 » para defendernos de sus dar-
 » dos y saetas? Somos asalta-
 » dos por la avaricia, por la
 » impureza, por la ira, por la
 » ambicion; ni jamas cesa la
 » molesta lucha que tenemos
 » que sostener contra los vi-
 » cios de la carne y los alha-
 » gos del siglo. Sitiada el alma
 » por todas partes, y rodeada
 » de los infernales enemigos,
 » apenas puede hacer frente y
 » resistir á cada uno de ellos.
 » Si queda aterrada la avari-
 » cia, se levanta la liviandad:
 » si es reprimida la liviandad,
 » saca la cara la ambicion: si
 » la

» la ambicion es despreciada,
 » nos exáspera la ira, nos hin-
 » cha la soberbia, la gula nos
 » lisonjea, la envidia rompe la
 » concordia, los zelos disuel-
 » ven la amistad. Ya nos senti-
 » mos incitados á hablar mal
 » de nuestro próximo, contra
 » la prohibicion de la ley de
 » Dios: ya nos precipitamos á
 » hacer juramentos que nos es-
 » tan prohibidos. Tales y tan-
 » tas son las persecuciones,
 » tantos los peligros á que es-
 » tamos expuestos en esta vi-
 » da mortal.» 1.º Cor. 7.º v. 29.º
 Otra de las aflicciones de
 los Justos es el verse lejos de
 Sion, separados de su Dios y
 de la celestial Jerusalem. Aun
 quando ellos tuviesen todos los
 bienes de la tierra, se tendrian
 por miserables, porque su te-
 soro

soro está en el cielo, porque lo miran como á su patria, y la tierra como el lugar de su desierto. Son como otros tantos hijos distantes de su Padre, como otras tantas esposas privadas de la presencia de su esposo, como otros tantos Príncipes echados de su Reyno: su amor los inflama, los estimula, y los hace desfallecer. Un ciervo perseguido largo tiempo por los cazadores, no desea con mayor ansia un rio para refrescarse en sus aguas, que lo que ellos anhelan por poseer á su Dios. Oigamos á David (a): Como el sediento ciervo desea las fuentes de las aguas, así suspira á Ti, ó mi Dios! el alma mía. Mi alma se abrasa

(a) Ps. l. 41.

en una ardiente sed de gozar á Dios vivo. ¿Quando vendré y compareceré ante el Rostro de mi Dios? Ab! que no ceso de llorar mientras mis enemigos me insultan, diciendome todos los dias: ¿Dónde, di, está tu Dios (a)? Este es el único objeto de mis deseos: no estaré contento ni saciado, basta que se manifeste, se comuniqué, y se le dé á mi corazón tu gloria (b). Solo una cosa he pedido al Señor, y por ella sola renovaré siempre mis mas fervorosas instancias, y es, el habitar por todos los dias de mi vida en la casa del Señor (c). Ved aqui lo que esperan los hijos de los hombres baxo las sombra de tus alas. Esperan aquel ventu-

roso

(a) Psalm. 16. 17. (b) Psalm. 26. 7.

(c) Psalm. 35. 8. 9.

rroso dia, en que seran inundados con la abundancia de los bienes de tu casa, y en que les harás beber del torrente de tus delicias; porque en Tí está la fuente de la vida, y todo lo que acá poseemos no es sino una gota muy pequeña que Dios dexa caer sobre nosotros para sostenernos en nuestra peregrinacion. Pero ¡quan larga (a) es esta molesta peregrinacion! ¿Quanto tiempo ha que estamos con los habitantes de Cedar, y á las márgenes de los rios de Babilonia? Nosotros sabemos, dice San Pablo (b), que si esta casa de tierra en que habitamos como baxo una tienda de campaña, vendrá á destruirse, Dios nos dará en el

cielo

(a) Psalm. 119. 5. (b) 2. Cor. 5. 1. &c.

cielo otra Casa, que no será hecha por mano de hombres, y que durará eternamente. Porque, á la verdad, no tenemos aqui ciudad permanente, sino que buscamos aquella en que debemos un dia habitar. Esperamos aquella Ciudad fabricada sobre un estable fundamento, de la qual Dios mismo es el Fundador y el Arquitecto. Vivimos, como los Santos del Antigo Testamento, en la Fe: no habiendo recibido aún los bienes que Dios nos ha prometido, los vemos, los saludamos desde lejos, confesando que somos forasteros y caminantes sobre la tierra, que buscamos nuestra patria; y esto es lo que nos hace suspirar, deseandó ser revestidos de la gloria de

está

(a) 1. Cor. 13. 12. (b) 1. Cor. 13. 12. (c) 1. Cor. 13. 12.

esta Casa celestial (a). Porque mientras estamos en este cuerpo (b).... suspiramos baxo su peso, pues mientras que habitamos en él, estamos lejos del Señor, y fuera de nuestra Patria. Caminamos ácia él por medio de la Fe; pero no gozamos aún de su vista: deseamos esta venturosa felicidad, y estamos prontos á salir de la casa de este cuerpo, por tal de ir á ver al Señor (c). Esta á lo menos es la disposicion en que yo estoy. (decia el Apostol): *Jesuchrisso es mi vida, y la muerte es para mí una verdadera ganancia. Deseo con ansia ser desatado de las ligaduras de este cuerpo, y el estar con Jesuchristo, lo que sin compa-*

(a) Hebr. 11. 13. (b) 2. Cor. 5. &c.
(c) Phillip. 1.

racion es mejor para mí.

Estos sentimientos son comunes á todos los hijos de Dios, los cuales tienen fixo en el corazon el deseo de la eternidad, y de cuya memoria no se aparta la dichosa Sion. En qualquier cosa que esten ocupados, piensan en la celestial Jerusalem, y temiendo olvidarse de ella, dicen con el Real Profeta (a): *Si yo me olvidare de tí, ó Jerusalem! mi mano derecha se olvide de sí misma: quede pegada mi lengua al paladar, si yo no me acordare siempre de tí, si yo no me propusiere á Jerusalem como el principal objeto de mi alegría.*

Exercitémonos tambien nosotros en estos fervorosos sentimientos

(a) Psalm. 136. vers. 8. &c. &c.

timientos, usemos de las mismas expresiones, y ellas nos servirán mucho para orar de continuo y sin intermision, como nos dice Jesuchristo; advirtiendo con S. Agustin (a), que
 » cuando la Escritura nos
 » manda que oremos incesantemente, no nos obliga á estar siempre de rodillas, ni á cantar Psalmos de dia y de noche; sino á tener siempre en el fondo de nuestro corazon el deseo de dexar la tierra, y de entrar en el Reyno del cielo. Orar incesantemente, es desear incesantemente el poseer á Dios. Este es un deseo que nunca jamas debe apartarse de nuestro corazon. Debemos siempre
 » pre

(a) Epist. 130. al. 121. ad Probam.

» pre gemir, suspirar siempre,
 » decir siempre: Yo soy esclavo, soy forastero; este mundo no es mi patria; yo no estoy con mi Dios. No por esto quiero decir que el Justo no ria alguna vez, y no se divierta algun poco, y que no se ocupe en muchas cosas, las cuales parecen muy diferentes del Reyno de Dios. Ah! Esta es una de las cargas de su esclavitud. Es necesario que él trabaje para los de Egipto, y que fatigue en obras de barro y de tierra, mientras que es esclavo de Pharaon y habita en la tierra de Egipto. Pero en medio de la esclavitud, no se olvida él de la Tierra prometida: piensa en Sion, suspira por su patria, y asi no
 » cesa

» cesa de orar. Dexaria de
 » orar, si dexase de desear;
 » pero siendo continuo su de-
 » seo, es tambien continua su
 » oracion. Orar es pedir con
 » gemidos inefables el último
 » efecto de la divina adopcion,
 » que como dice S. Pablo, es
 » la libertad y redencion de
 » nuestros cuerpos. Es estar
 » con una santa hambre y sed
 » de los bienes de la Casa del
 » Señor; es considerarse en el
 » desierto de este mundo como
 » fuera de su país; es suspirar
 » con una ardiente sed por
 » aquella fuente de nuestra
 » eterna felicidad. Orar es
 » amar; y se dexa de orar
 » quando se dexa de amar; es
 » pedir al Señor aquel único
 » bien que basta á los hijos de
 » Dios; es decir con verdad y
 » de

» de corazón: Todo lo que no
 » es Dios, no es capaz de lle-
 » nar la desmedida extension
 » de mis deseos, y consiento
 » de buena gana que me lo
 » quite todo, con tal que me dé
 » á sí mismo. Con él quedo ple-
 » namente contento; sin él no
 » encuentro en mí ni fuera de
 » mí sino una horrible indigen-
 » cia, y una inexplicable mise-
 » ria. » Tal es la oracion con-
 » tinua, este es el gemido del co-
 » razón á que estamos obligados,
 » y cuyos motivos seguimos pro-
 » poniendo para acabar de for-
 » mar el Epilogo de esta Obrita.
 » Si somos hechos para Dios,
 » si es cierto, como lo es, que no
 » podemos esperar reposo ni
 » verdadera felicidad sino en él,
 » como en nuestro centro, en
 » nuestro último fin, y en nuestro
 » todo,

todo, ¿quien no gemirá al verse apartado de él, y rodeado de tantos peligros y de tantos enemigos por dentro y fuera, que hacen todos sus esfuerzos para impedirnos el ir á él y unirnos á él?

Si somos hijos de Dios, y nuestra adopcion no es todavía sino imperfecta, y está, por decirlo así, solamente bosquejada: *Initium aliquod creaturæ ejus*: ¿podemos dexar de gemir y de desear la perfeccion de esta adopcion divina? ¿Y no es esto puntualmente lo que debe hacer en nosotros aquel espíritu, de que hemos recibido las primicias, para desear la plenitud de la divina adopcion, segun aquello de S. Pablo (a)

en

(a) Rom. 8. 23.

en persona de todos los Christianos: *Nosotros mismos que poseemos las primicias del espíritu, gemimos y suspiramos en el fondo de nuestro corazon, esperando la adopcion perfecta de los hijos, la redencion de nuestros cuerpos?*

Si esperamos el Reyno del cielo como herederos de Dios en calidad de hijos, y como coherederos de Jesuchristo en calidad de sus miembros, somos ciertamente indignos de él, si no lo deseamos; y no deseamos tan gran bien, si viendonos en esclavitud, no gemimos ni suspiramos por la corona que nos espera, y por el trono en que debemos reynar con el mismo Dios.

Si aquella Verdad eterna, sumamente hermosa, insignita-
mente

mente amable, que debe ser el alimento de nuestra alma en la eternidad, no atrae nuestro corazón, y no lo hace suspirar de día y de noche por el deseo de ser saciados de ella, en vano nos lisonjeamos de conocerla mediante la Fé, y de esperarla mediante la Esperanza.

Finalmente, es preciso que estemos muy poco conmovidos á la vista de nuestros pecados y desórdenes, muy poco atemorizados por el continuo peligro de perecer con tan diversas tentaciones que en cada momento nos combaten, y muy poco sensibles á nuestro destierro tan largo y tan miserable, si no suspiramos continuamente ácia Aquel que solo puede libertarnos perfectamente de todos nuestros pecados y

delitos por graves y enormes que sean. Lejos de hacer resistencia quando Dios nos llame de este destierro y de este mundo en que estamos como peregrinos, donde pasamos una vida tan tibia, y tan indigna de nuestro celestial origen; salgámosle, por decirlo así, al encuentro, y recibamos con sumision, con amor y agradecimiento esta última visita del Señor.

No solo debemos gemir por el sentimiento de nuestra miseria y de nuestros males, sino tambien por invocar á nuestro único Médico, y por obtener de él los remedios que no podemos conseguir por nosotros mismos, y las virtudes que deben prepararnos para el cielo, y hacernos dignos de Dios.

Solo nuestro Señor Jesu-
 christo, esto es, la gracia de
 Dios que nuestro Señor Jesu-
 christo nos ha merecido con
 su Sangre, puede mudar nues-
 tro corazon de profano, de in-
 grato y de irreligioso como él
 es, en un corazon lleno del es-
 píritu de piedad, de agradeci-
 miento, de religion, y de amor
 á Dios y á todas las cosas de
 Dios. El solo es el autor de la
 Fe, la fuente de nuestra Espe-
 ranza, el que nos infunde la
 Caridad; y en vano buscaré-
 mos estas divinas virtudes en
 nosotros, ó fuera de nosotros.
 Acia él es necesario encaminar
 los deseos de nuestro corazon,
 dirigiendonos á él con un ge-
 mido secreto y continuo.

El deseo de ver á Dios,
 la pureza que para esto prepa-

ra el corazon, la penitencia
 que atrae su misericordia, la
 humildad que desarma su Jus-
 ticia, el odio al pecado, la vi-
 gilancia christiana, la oposi-
 cion al mundo presente, el de-
 seo del siglo futuro, la oracion
 misma y el gemido del cora-
 zon, todas son gracias y dones
 de Dios. Son frutos del gemi-
 do secreto de la oracion, por-
 que es necesario orar para
 aprender á orar, y gemir para
 pedir el espíritu de gemido.
 Gimamos pues por nuestra Pa-
 tria celestial, y gimamos para
 obtener la gracia de desearla
 sincéramente, de conocer bien
 el camino que á ella conduce,
 de entrar en él con ánimo y
 valor, de caminar por él con
 perseverancia, de estar en ve-
 la esperando el momento feliz
 que

que nos pondrá en posesion de tan bienaventurada Patria. El gemido es lo que nos toca acá en la tierra, así como la alabanza es la que nos tocará en el cielo; porque es propio de los miserables llorar continuamente. Si no gemimos, es porque no sentimos nuestras miserias; y si no las sentimos, ó aun no las conocemos, es señal manifiesta de que no pensamos en dar aún el primer paso para el cielo.

¿Pero quien formará en nosotros este gemido de paloma sino es la Paloma misma, quiero decir, el Espíritu Santo, que en tal figura baxó sobre Jesu-christo, para enseñarnos, que una de las principales funciones del Espíritu de Dios, es formar en el corazon de los hom-

hombres este gemido, para orar en nosotros, para pedir en nosotros con gemidos inefables, y para enseñarnos á decir de veras aquella Oracion del *Padre nuestro*, que Jesu-christo mismo nos ha puesto en la boca. Porque á la verdad, ¿qué otra cosa es la Oracion del Señor sino el gemido de un corazon, que separandose de la tierra como del lugar de su destierro, se eleva ácia su Padre y ácia su celestial Patria, que es el lugar de su santificacion consumada, y de su entera consagracion á Dios mediante la adopcion perfecta, de su establecimiento eterno mediante el de su Reyno, de su perfecta sumision á la voluntad de Dios mediante la plenitud de la Caridad; el lugar de la

la bienaventurada vida, donde su corazon debe vivir de Dios mismo, alimentándose con el Pan eterno de su Verdad y de Jesuchristo, sin velo y descubiertamente; de su entera libertad, mediante el estar ya libre de todo pecado, de toda tentacion, de todo enemigo, y de toda miseria.

Sobre todo, la última petición por la qual deseamos ser libres de todo mal, nos advierte, dice San Agustin, que todavía no gozamos aquel bien, que no será mezclado de mal alguno. Y esta petición se extiende á tanto, que el Christiano, en qualquier estado que se halle, no gime sino por esto, no derrama sino por esto las lágrimas de su corazon, por esto debe comenzar, con esto debe

con-

continuar, y con esto debe terminar sus oraciones.

Por aqui pues debemos tambien comenzar la preparacion á la muerte; con esto la debemos continuar, hasta que lleguemos á aquella Fuente de vida, cuyo deseo ha de encender en nosotros una sed ardiente, mientras que en esta vida vivimos en la esperanza, y mientras que lo que esperamos no se nos muestra sino baxo el velo de la Fe. Pongámonos interin llega esta dicha, baxo las alas de Aquel á quien estan presentes todos nuestros deseos, y consolémonos con la esperanza de ser un dia inundados y saciados con la abundancia de su Casa, y en el torrente de su alegria y de sus delicias. Porque en Vos solo ¡ó

Dios

Dios mio! está la fuente de la vida, y en vuestra luz se nos manifestará la verdadera luz.

Volviendome yo entretanto á su Magestad Divina, le ruego encarecidamente se digne bendecir esta Obrita, para que sea provechosa á alguno de sus hijos. Le pido, que abra el corazon de los que la leyeren, para que reciban las instrucciones y doctrinas que contiene, no como palabras de hombre (a), sino como sacadas de la Palabra de Dios y de la doctrina de los Santos Padres, principalmente del Gran Doctor de la Iglesia San Agustin: le suplico, que conceda á todos la gracia de practicarlas, para llegar á la posesion del Rey-

(a) 1. Thess. 2. 13.

Reyno de los Cielos, de aquel Reyno felicisimo, cuyo Supremo Rey nos ha enseñado á pedirlo diariamente, diciendo:

Venga á nos tu Reyno.

Asi sea.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

*Non nobis, Domine, non nobis,
sed Nomini tuo da gloriam.*

Psalm. 113.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.



A*

IN-

INDICE
DE LAS MEDITACIONES
y Virtudes que se proponen
en esta Obrita.

- Meditacion para el primer dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como criatura de
Dios, que es su vida, su re-
poso, y su felicidad eter-
na.* Pag. 1.
- I. Virtud. *El Espíritu de Re-
ligion.* Pag. 17.
- II. Virtud. *El agradecimiento
á los beneficios.* Pag. 20.
- Meditacion para el segundo
dia. *Ha de desear la muerte
el Christiano, como hijo de
Dios por el Bautismo, para
ser perfectamente santifica-
do en Dios en la eterni-
dad.* Pag. 26.
- I. Vir-

- I. Virtud. *La Fé.* Pag. 36.
- II. Virtud. *El Espíritu de sa-
crificio.* Pag. 39.
- Meditacion para el tercer dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como miembro de
Jesus christo, para completar
su Cuerpo místico.* Pag. 43.
- I. Virtud. *La Esperanza.* P. 60.
- II. Virtud. *La Devocion á N.
Señor Jesus christo.* Pag. 64.
- Meditacion para el quarto dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como discipulo
de Dios, para aprender á
amarlo perfectamente y con
todo su corazon.* Pag. 68.
- I. Virtud. *El Amor de Dios.* 78.
- II. Virtud. *La Fidelidad.* 84.
- Meditacion para el quinto dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como imagen de
Dios, para alimentarse del
Pan*

- Pan de la Verdad eterna.* 88.
- I. Virtud. *El Deseo de ver á Dios.* Pag. 100.
- II. Virtud. *La Pureza de corazón.* Pag. 104.
- Meditacion para el sexto dia. *Ha de desear la muerte el Christiano como pecador, para satisfacer plenamente á la Justicia de Dios, y recibir la perfecta remision de sus pecados.* Pag. 109.
- I. Virtud. *El Espfritu de penitencia.* Pag. 126.
- II. Virtud. *La Humildad.* 131.
- Meditacion para el séptimo dia. *Ha de desear la muerte el Christiano como hijo de Adan, para no ofender ya mas á Dios.* Pag. 137.
- I. Virtud. *El odio al pecado.* Pag. 159.
- II. Virtud. *La Vigilancia.* 162.
- Me-

- Meditacion para el octavo y último dia. *Ha de desear la muerte el Christiano por amor de la Patria celestial, como forastero sobre la tierra, y ciudadano del cielo.* 167.
- I. Virtud. *La oposicion al mundo presente.* Pag. 189.
- II. Virtud. *El Gemido del corazón.* Recapitulacion de toda esta Obrita. Pag. 196.

REGI. SAECULORUM
IMMORTALI. ET. INVISIBILI
SOLI. DEO. HONOR. ET. GLORIA
IN. SAECULA. SAECULORUM
AMEN.

APEN-